



BURDAL

Sermon

. 1 .

BX890

.B6

1796

v.1

c.1



1080045218

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MICROFILMADO 27/7/82

SERMONES
DEL PADRE LUIS BURDALUE,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS:

TRADUCIDOS
DEL FRANCÉS AL CASTELLANO.

TERCERA EDICION.

TOMO PRIMERO DE LA OBRA.

LOS DOS ADVIENTOS.

CON PRIVILEGIO.

MADRID
EN LA OFICINA DE DON BLAS ROMÁN.
1796.

*Se hallará en las Librerías de Domingo Alonso calle de
la Concepcion Gerónima, y de la Almudena junto á los
Consejos.*

46523

BX890

.B6
1796
v.1
c.1

SERMONES

DEL PADRE LUIS BURDALU

DE LA COMPAÑIA DE JESUS:

TRADUCCION

DEL FRANCÉS AL CASTELLANO.

TERCERA EDICION.

TOMO PRIMERO DE LA OBRA.

LOS DOS ADVIENTOS.

CON PRIVILEGIO.

MADRID

EN LA OFICINA DE DON BLAS ROMÁN.

1796.

27
la Compañía de Jesús, y de los Sermones que se
de Madrid en los años de 1796 y 1797.

1796

TABLA

DE LOS SERMONES

que contiene este Tomo de los dos
Advientos.

Prologo.

Pag. i.

ADVIENTO I.

- 1..Sermon en la Fiesta de todos Santos...13.
- 2..Para el Domingo I. de Adviento.....44.
- 3..Para el Domingo II. de Adviento.....71.
- 4..Para el Domingo III. de Adviento...103.
- 5..Para el Domingo IV. de Adviento....134.
- 6..Del Nacimiento de Jesu-Christo.....166.

ADVIENTO II.

- 7....Para el dia de todos Santos.....197.
- 8....Para el Domingo I. de Adviento....228.
- 9....Para el Domingo II. de Adviento...259.
- 10..Para el Domingo III. de Adviento...288.
- 11..Para el Domingo IV. de Adviento...318.
- 12..Del Nacimiento de Jesu-Christo....347.
- Compendio de los Sermones.....374.

PRO-

TABLA DE LOS SERMONES

que contiene este Tomo de los dos
Advientos.

Pag. 1.

Prologo.

ADVIENTO I.

- 1... Sermon en la Fiesta de todos Santos... 13.
- 2... Para el Domingo I. de Adviento... 44.
- 3... Para el Domingo II. de Adviento... 71.
- 4... Para el Domingo III. de Adviento... 103.
- 5... Para el Domingo IV. de Adviento... 134.
- 6... Del Nacimiento de Jesu-Christo... 160.

ADVIENTO II.

- 7... Para el dia de todos Santos... 197.
- 8... Para el Domingo I. de Adviento... 228.
- 9... Para el Domingo II. de Adviento... 259.
- 10... Para el Domingo III. de Adviento... 288.
- 11... Para el Domingo IV. de Adviento... 317.
- 12... Del Nacimiento de Jesu-Christo... 347.
- Compañia de los Sermones... 374.

PRO-

PROLOGO.

Es muy justo que nuestra Compañia vuelva de algun modo al Padre Burdalue lo que recibió de él; y que despues de la honra que la adquirió, se interese en conservar la memoria de un hombre que fue uno de sus principales ornamentos mientras tuvo la dicha de poseerle, y à quien llora despues de haberle perdido. Mas con todo eso no se publican las obras de este célebre Predicador tanto por este fin como por el bien de las almas, y por perpetuar los frutos de su zelo. Hay razon para creer, que sus Sermones, leídos sin el socorro de la voz ni de la accion, por sí mismos se conservarán en su fuerza; ò por mejor decir, hay lugar de esperar que con las bendiciones que Dios les ha dado y les dará, tendrán siempre con que obrar unos mismos efectos de gracia, y con que inspirar unos mismos sentimientos de Religion. No servirán solo de modelo à la eloqüencia Christiana para los Predicadores. Todas las personas que pretenden su propia edificacion, y alimentarse de la lección de materias santas, hallarán pocos libros piosos en que las principales verdades de la Religion Christiana se traten con mas eficacia para convencer los entendimientos y mover los corazones.

Como algunos años antes de su muerte se publicó el libro de la Compañia de Jesu-Christo, el Padre Luis Burdalue nació en Bourges de una de las familias mas principales de la Ciudad à 20. de Agosto de 1632. y à los quince años de sus edad entró en la Compañia de Jesus. Parece que al llamarle Dios à este estado tenia sobre él alguna intencion muy particular. Esteban Burdalue su padre, hombre muy digno de recomendacion por su virtud exâcta, y por una gracia particular de hablar en público, tuvo en su juventud la misma vocacion, y no la habia seguido. Quiso el Cielo que entrase en lugar del padre; y el padre adorando el orden de la providencia, y temiendo oponerse segunda vez

Tom. I. Adviento.

A

à

à sus designios, se dió por obligado despues de algunas dificultades à condescender con las instancias de su hijo, y hacer sacrificio de él, como le hizo.

El Padre Burdalue pasó por todos los exercicios de la Compañia : y los diez y ocho primeros años que vivió en ella los empleó ya en sus estudios propios, ya en enseñar las letras humanas, y en profesar la Filosofia y Teologia. En todo sobresalió, y dió pruebas de la superioridad y capacidad de su entendimiento.

Pero estas no eran mas que disposiciones. Como no tenía menos habilidad para las ciencias que talento para el Pulpito, estuvo muy dudoso sobre la eleccion que haria, y del empleo à que el Cielo le destinaba. Pero diversos Sermones que predicó mientras enseñaba la Teologia Moral, fueron tan bien recibidos y tan aplaudidos, que se determinaron los Superiores à aplicarle unicamente al ministerio de la predicacion.

Tuvo al empezar esta carrera (que concluyó tan felizmente) la suerte de ser conocido de su Alteza Real Madamela difunta: (a) Esta Princesa, cuya perspicacia y acierto en el discurso igualaban à la grandeza de su nacimiento, le oyó en la Villa de En, gustó de él, y no solamente le honró con su benevolencia, sino con su confianza, y le dió la prueba mas clara de ella; haciéndole llamar para que la alentase en los ultimos terminos de su vida, y la ayudase à morir christianamente.

Continuó algunos años el Padre Burdalue predicando en Pto venza; mas no hubo detencion en sacarle de ella luego que se juzgó que ya podia darse à conocer en Paris. Vino à esta Ciudad, y en ella abrió la providencia el mas dilatado y hermoso campo à su zelo. Aunque era mucho lo que se esperaba de él, excedió aún todas las esperanzas que de él se habian concebido. Tuvo aciertos tan extraordinarios, y y prendas tan generalmente reconocidas, que qualquiera puede hablar de ellas sin temor de exceder à la persuasion común.

(a) La Duquesa de Compenstien.

mun, ni faltar à las atenciones debidas. Apenas fue visto en la Iglesia de la Casa Profesa de los Jesuitas, quando vino à ella una prodigiosa multitud de oyentes de todo Paris y de la misma Corte. Una reputacion grande adquirida prontamente suele estar expuesta à degenerar: pero la del Padre Burdalue se aumentó siempre de un Sermon à otro, y quanto mas se le oyó, fue mayor el deseo de oírle.

Tenia en grado eminente todo lo que puede hacer un Predicador perfecto. Recibió de la naturaleza un fondo de entendimiento, que junto con una imaginacion viva y penetrante le hacia hallar desde luego lo sólido y lo verdadero en qualquiera materia. Este era propriamente su carácter; y esta razon recta junta con las luces de la fé fue la que le dirigió en todos los asuntos de la enseñanza Christiana, y en los mysterios de la Religion que tuvo que tratar. Este es tambien el que dá una eficacia siempre igual à sus Sermones. No consiste su hermosura precisamente en algunos lugares bien traídos, en que el Orador apure toda su arte y todo su ardimiento, sino un cuerpo de discurso en que todo tiene fuerza por sí mismo; porque todo está unido y cumplidamente lleno. Sus divisiones son justas, sus discursos seguidos y convincentes, sus afectos patéticos, sus reflexiones juiciosas y de un sentido exquisito, todo vá à su fin; y no obstante la abundancia de las cosas de que le proveía una admirable fecundidad, y las sabia tan bien comprehender en su asunto, jamás se aparta un punto de su propuesta. Aunque un pensamiento sea comun no le desecha; bastale que sea verdadero y que le sirva de prueba: se entra en lo profundo de él y le ahonda; y de ese modo le ilustra de tal suerte, que siendo comun le convierte en particular; con que pensando lo que pensaron otros antes que él, no obstante piensa muy diferentemente que los otros. Si se opone alguna dificultad, dá una respuesta que no tiene réplica, y à veces de la misma objecion saca el modo de resolverla, y convence al oyente por sus propios sentimientos. Si cita la Escritura ó los Padres, los cita como quien está hecho dueño de ellos, hasta hacer un compendio de un tratado entero para aplicarle à la verdad que predica. Por lo demás, no tanto alega

4
 las palabras de los Padres, quanto su doctrina y sus razones: los explica, los coloca tan á propósito, y los hacer venir á su asunto de modo que no parece sino que los Padres hablaron solamente para él. Entre los Autores sagrados parece que tuvo mas continuamente á la vista á Isaías y á S. Pablo, y entre los padres á Tertuliano, San Agustin y San Juan Chrysostomo, porque hallaba en ellos mas energía y grandeza. Su expresion corresponde perfectamente á sus pensamientos: es juntamente noble y natural: habla bien, sin dar á entender que quiere hablar bien. Quando se eleva no es con enfasis, sino por usar de algun termino consagrado por el Espiritu Santo con un cierto genero de magnificencia, (a) en que sin haber cosa que exceda, todo es magestuoso y grande: quando se familiariza es siempre con la misma dignidad; y aún en las mas menudas particularidades nada hay pequeño ni humilde. Se hallarán por ventura algunas expresiones menos usadas y algo libres; pero bastantemente las justifica la idéa que dan al entendimiento; y es preciso decir en tal caso, que sino es aquel el modo comun de explicarse, parece que debió ser, y que se debia explicar de aquel modo.

Lo mas singular en el Padre Burdaloue es el modo de tratar los puntos de doctrina. No habia tenido quien en esta materia le sirviese de modelo, y puede decirse que él lo ha sido para quantos han venido despues de él. Persuadido á que el Predicador no mueve sino en quanto interesa á los oyentes, y en quanto aplica lo que dice; y que nada interesa ni llama mas la atención que una pintura sensible de las costumbres, en que cada uno se vé á sí mismo, y se reconoce, endereza á este fin todos sus discursos; aunque no dexaba de explicar los mas altos mysterios, y las mas dificultosas questões de la fé. Hablaba de estos puntos con acierto, y con tanto mayor autoridad, quanto era mas perfectamente dueño de estas materias, y juzgaba que con ocasion de ellas habia de tomar mas ascendiente sobre las almas para confundir la dissolution, y hacer que la Religion fuese respetada. Despues

(a) *Magnificet etenim Sapientiam tractabat, a. Mac. 2. v. 9.*

de haber dado á los puntos mas oscuros toda la luz que era necesaria, pasaba á lo que hay en ellos de instruccion y de doctrina; y para esto le servia con grandes ventajas el conocimiento que tenia del mundo y del corazon del hombre; porque nada decia que no conociese, ni que declinase á la falsedad. Por eso tambien son tan verdaderas sus exposiciones, y tan parecidos sus retratos. Por poca experiencia que se tenga del mundo, y por poco que se sepa como viven los hombres, se ven pintados en ellos con las lineas mas conocidas. Porque ¿con qué atención se hacia escuchar, y cuántas veces se oyó decir á voces en el auditorio que tenia razon, y que aquello era en la verdad el hombre y el mundo? Ciertos afectos, ciertos modos elevados en el decir, el ardor con que animaba su accion, lo rápido en el pronunciar, su voz llena, sonora, suave y armoniosa, todo predicaba en él, y todo servia á su talento.

Este es el camino por donde este excelente Predicador se adquirió una reputacion tan alta. Conservóla hasta su muerte; y como por ventura no la hubo jamás mas justa ni mas universal, tampoco la hubo mas constante. Predicó por espacio de treinta y quatro años, ya en la Corte, ya en París; y en todos ellos tuvo la ventaja poco comun de gustar igualmente de él siempre los Grandes, los sabios, y el Pueblo. No debe esto causar admiracion en habiendo hecho reflexion sobre el carácter de su eloqüencia. Lo que es natural y está fundado en razon igualmente agrada, y es de todos gustos, y de todos tiempos.

Aunque el Padre Burdaloue tenia sobradamente en que ocuparse, y con que glorificar á Dios en el santo ministerio que exercitaba, no estrechó á él solo todo su zelo. Fueron tantas las personas que movidas de su predicacion le buscaron y le fiaron su alma, que no juzgó podia rehusarlas su socorro; y comprehendió tambien que nada era mejor en un Predicador del Evangelio, que cultivar lo que habia plantado, segun el lenguaje de la Escritura, y perfeccionar en en el tribunal de la Penitencia lo que en el Púlpito propiamente solo habia bosquexado. Por esta razon se encargó el Padre Burdaloue de un empleo tan importante y tan penoso

como el de dirigir conciencias. Lleno del Evangelio, y haciendo juicio de todo segun las máximas grandes de la fé, sólido en sus consejos, justo en sus decisiones, recto y desinteresado en sus fines, ni era excesivamente riguroso, ni blando nimiamente; pero era prudente, y con una prudencia christiana. Es decir, que sabia hacer distincion de las condiciones, y prescribir sus obligaciones à cada una: que era inflexible sin respeto à la calidad ni al puesto; pero que lo era tambien quando convenia serlo, y siempre segun las reglas de la discrecion: que aborreciendo las singularidades, queria que se caminase à Dios con simplicidad y buena fé por los caminos comunes sin afectacion; pero por lo demás con una exáctitud exemplar, y con una perfecta fidelidad en cumplir todas sus obligaciones.

No fue su zelo menos ardiente y activo que prudente. Se sabe su continuacion en oír confesiones. Pasaba en este empleo las cinco y las seis horas seguidas; y qualquiera que le haya conocido juzgará facilmente que sola la mira de Dios y de la salvacion de las almas podia concordar una paciencia tal con su natural viveza. Yá le llamasen à las casas Religiosas, yá viniesen à consultarle y tomar sus consejos, yá tuviese enfermos que visitar, en nada se atendia à sí mismo, estando igualmente pronto para qualquiera, y haciéndose todo para todos. Entre el gran número de personas que dirigia, estaba tan lejos de no hacer caso de los pobres y pequeños, que los recibia con humanidad, descendia con ellos en la cuenta que le daban de su vida hasta las menores particularidades, entraba en sus necesidades, y quanto su poco nombre y reputacion los hacia mas tímidos al estar con él, tanto mas estudio ponía en ganarles la confianza y facilitarles el recurso. No se contentaba con esta afable acogida, él mismo los buscaba si no estaban en disposicion de venir, suavizaba sus males con su presencia, y los dexaba llenos de consuelo, y enamorados de su humildad y caridad.

Pero en lo que aumentaba su vigilancia y sus cuidados era en la asistencia de los moribundos. Recurrían à él frecuentemente para que les avisase de su última hora, y los dispusiese para ella; y juzgando que entonces estaba la salva-

cion

cion de ellos à su cuenta, les hablaba como hombre verdaderamente Apostólico. No era esto sin consideracion y sin estudio. Sabia bien la importancia de emplear bien momentos tan preciosos, sin perderlos en discursos vanos y poco utiles. Fuera de la larga experiencia que tenia en este santo exercicio, fuera del método particular que para él mismo se habia trazado, pensaba lo que habia de decir, y dexándose despues gobernar del Espíritu de Dios, decia todo lo que puede incitar un alma à la penitencia y à la confianza. De este modo cumplia con los últimos oficios de una caridad sólida y christiana para con tantos amigos; los quales, su nacimiento, su nombre, su merito personal, y la intimidad de muchos años se le hacían igualmente respetables y amados, y les fue fiel hasta la muerte.

No obstante, pensando el Padre Burdalue en los otros, no se olvidaba de sí mismo: al contrario, con las repetidas reflexiones sobre sí mismo se puso en estado de servir tan utilmente à los otros. Le era necesaria esta atencion en medio de sus continuas ocupaciones de afuera y sus aciertos grandes. Estos no le deslumbraron, ni aquellas le impidieron él velar rigurosamente sobre su vida. Tanto mas cuidadoso vivía, quanto era mas conocido, y estaba en mas alta estimacion; jamás se fió de la reputacion en que estaba para vivir con menos cautela. Ceñido estrechamente à los terminos de su profesion juntaba con el talento de la predicacion y de la direccion de las almas el verdadero espíritu de un Religioso, y las virtudes que la Compañía pedia de él, especialmente un perfecto desprecio del mundo y de sus grandezas, aunque sin saltar en nada à lo que debía à los grandes: una inviolable aficion al servicio de la Iglesia, y una entera sumision à las Potestades Ecclesiásticas, y aprecio de su vocacion, por la qual en todo se declaraba; un asimiento à su estado capaz de mantenerle firme contra las ofertas mas ventajosas: un zelo sincero y vivo del bien orden, y un cuidado exácto de conformarse con él y seguirle.

Entre sus exercicios de piedad fue particular el cuidado que tuvo de la oracion. Delante de los Altares renovaba en su espíritu aquellas grandes ideas de piedad de que estaba

lle-

lleno; y penetrado de la Magestad de Dios y de la santidad de su culto, no se permitia el descuido mas leve al celebrar los mysterios sagrados y los officios divinos.

Con esta piedad que hace al hombre Christiano y virtuoso, ¿qué le faltaba por otra parte de lo que hace un hombre de bien aún segun el mundo? Tenia todas las prendas que éste debe tener: la bondad, la rectitud, la franqueza, la buena fé, no diciendo jamás las cosas sino como las sentia, ò callando por prudencia si no las podia decir como las concebía. Gran prudencia y comprehension en los negocios; pero al mismo tiempo mucha moderacion para no ingerirse en ellos por sí mismo, ni entrar en ellos sino quando le hacian entrar: proponia su parecer como amigo, sin meterse en decidir como dueño, solicitando siempre ser provechoso y servir, y no ser estimado y mandar. Mucho agrado en la conversacion, un modo que obligaba, un trato apacible, aunque respetuoso y grave, una suavidad que segun su complexión no podia dexar de costarle mortificacion; mas sobre todo una modestia que le granjeaba tanto mayores elogios, quanto con mas sentimiento los escuchaba, estando tan lejos de pretenderlos, que los huía; ensalzando con gusto à los otros, y no hablando jamás de sí mismo.

Este carácter en un hombre tan insigne como el Padre Burdalue no le hacia honrar y respetar menos que sus demás prendas. Despues de haberle admirado en el Púlpito, aún se hacian admirar mas en el trato. ¿Dónde no era recibido con gusto? Y desde las personas mas elevadas hasta las de suerte mas comun, ¿quién habia que no tuviese no solamente gusto en recibirle, sino como especie de honra el conocerle y tratarle?

Era necesario un corazon tan despegado como el suyo para formar en medio de los aplausos del mundo el desigmo en que entró en los ultimos años de su vida. Movido de un santo deseo del retiro, y queriendo prepararse para la muerte, resolvió dexar à París, y acabar sus dias en alguna casa de la Provenza, en que pudiese vivir con mas recogimiento, y tratar unicamente de su perfeccion. Juzgó bien que tendria algunas dificultades que vencer para esto por parte

de

de sus Superiores en Francia, y para allanarlas todas recurrió al General de la Compañia; pero no le salió bien esta primera tentativa. Remitieronle à otro año, y le encargaron que hiciese aún nuevas reflexiones sobre lo que habia de escoger. Pensó en ello, y sin perder el animo, el año siguiente redobló sus instancias con el Padre General. La carta que le escribió está tan llena del espíritu de Dios, que el Público gustará de ver una copia de ella. Es esta traducida del latin.

Muy Reverendo Padre. Dios me inspira, y aún me insta à que recurra à V. P. para suplicarle muy humilde, pero muy vivamente, que me conceda lo que no obstante todos mis esfuerzos no he podido conseguir del P. Provincial. Cincuenta y dos años ha que vivo en la Compañia, no para mí sino para los otros, à lo menos mas para los otros que para mí. Muchas ocupaciones me apartan, y me impiden el aplicarme como quisiera à mi perfeccion, no obstante que es esta la unica cosa necesaria. Yo deseo retirarme, y tener en adelante una vida mas sosegada: digo mas sosegada, para que pueda ser mas ajustada y mas santa. Siento que mi cuerpo vá desfalleciendo, y camina ácia su fin. Yo he concluido mi carrera; y pluguese à Dios que pudiera añadir, he sido fiel! Estoy en una edad en que casi no puedo predicar. Ruego encarecidamente à V. P. se me permita emplear en Dios y en mí lo que me queda de vida, y de esta suerte disponerme para morir como Religioso. La Fleche, ò qualquiera otra casa que pareciere à los Superiores (porque ninguna pido en particular con tal que esté lejos de París) será el lugar de mi descanso. Allí olvidando las cosas del mundo repararé delante de Dios todos los años de mi vida con amargura de mi alma. Este es el blanco de todos mis deseos.

Esta carta hizo todo el efecto que el Padre Burdalue deseaba. Tuvo licencia para hacer lo que juzgase conveniente, y luego que recibió la respuesta de Roma tomó dia para partirse; pero los mismos Superiores que la primera vez le detuvieron, juzgaron que debian con justa causa retardar su partida por algunas semanas, hasta que hu-

Tom. I. Adviento.

B

bie-

biesen podido hacer nuevas representaciones à Roma. Estas hicieron fuerza al Padre General, y la ultima resolucion fue que el Padre Burdalue se quedase en Paris, y continuase en sus empleos ordinarios. Así quiso Dios que tuviese todo el merito de un sacrificio tan religioso sin que llegase à la execucion, y que acabase de hacerse santo à sí mismo aplicándose al empleo de la perfeccion del próximo. Esto es lo que el Público no supo hasta despues de su muerte. Como sus intenciones habian sido siempre rectas, y era Dios solo lo que habia buscado quando tomó esta resolucion, no pretendió ser honrado por ella. Siempre tuvo secreto este designio, y no se le fió sino à algunos de sus mas íntimos amigos.

No insistió mas el Padre Burdalue. Creyó que obedecia las órdenes del Cielo sujetándose à la voluntad de sus Superiores. No hizo mas mudanza en su trabajo que tomarle con mas actividad y fervor; pero se acercaba à su termino, y su trabajo no fue largo despues. Dios le sacó del mundo quando menos se pensaba. Cayó enfermo el dia 11. de Mayo, y desde el primer dia de su enfermedad conoció que la muerte iba à descargar su golpe. A vista de riesgo tan urgente no perdió un punto su presencia de animo, y es dificultoso manifestar mayor firmeza y constancia que la que él dió à conocer. Su enfermedad fue una calentura interna y maliciosa, procedida de una fluxion de la cabeza que le molestaba algunas semanas antes, y su zelo le impidió el cuidar de su salud como era necesario; porque aunque se sentia malo, no dexó de predicar ni oír confesiones segun su estílo; pero al fin fue preciso rendirse. Domingo dia de Pascua de Espiritu Santo, habiendo dicho Misa con mucho trabajo, se vió obligado à hacer cama. Aunque conocia bastantemente su estado, no obstante quiso hacerse instruir de él, y pidió que no le disimulasen nada. Hallósele como lo deseaba, y sin aguardar à que el que le hablaba hubiese acabado: *Basta (respondió) ya os entiendo, ahora es necesario que yo baga lo que tantas veces he predicado y aconsejado à otros.*

El dia siguiente por la mañana se dispuso con una con-

fe-

fesion de toda su vida para recibir los últimos Sacramentos. Despues de esta confesion abrió todo su corazon, y se explicó en los terminos mas christianos y humildes. Hizo él mismo todas las reflexiones que à tantos moribundos habia inspirado, y se consideró como un reo condenado à muerte por sentencia del Cielo. En esta disposicion se presentó à la justicia divina, y aceptó la sentencia que habia pronunciado contra él, y estaba para executar. *To he abusado de mi vida (dixo volviéndose à Dios) merezco que me la quiteis, y me sujeto à castigo tan justo de todo mi corazon.* Unió su muerte con la de Jesu-Christo; y valiéndose de la misma intencion que este Salvador al morir en la Cruz, se ofreció como víctima para honrar con la destruccion de su cuerpo la suprema Magestad de Dios, y aplacar su indignacion. No contento con este sacrificio, consintió en padecer todas las penas del Purgatorio: *Porque está muy puesto en razon (añadió) que Dios quede enteramente satisfecho, y à lo menos en el Purgatorio padeceré con paciencia y con amor.*

Con disposiciones tan santas recibió los Sacramentos; y habiéndose entretenido algun tiempo con Dios, dispuso de diversos papeles de que era depositario. Estuvo al hacer esto tan en sí, como si tuviera una salud perfecta. Lo restante de aquel dia se sintió con alivio, y dió alguna esperanza de sanar: pero esto no fue mas que una llamarada, y sin engañarse con esta esperanza se ocupó todo en la muerte, viendo bien (decía él mismo) que no podia sanar sin milagro, y teniéndose por muy indigno de que Dios hiciese un milagro por él.

En efecto, ácia el anochecer le sobrevino una accesion que no pudo resistir: fue tan violenta que le causó un delirio del qual no volvió, y el Martes 13. de Mayo de 1704. à las cinco de la mañana espiró. Así murió uno de los mayores hombres que nuestra Compañia ha tenido, y si puedo decirlo, que ha tenido la Francia. Recibió del Cielo muchos talentos, que seguramente no los sepultó, sino que los empleó constantemente en la gloria de Dios y en el bien del próximo. Tuvo la suerte de morir casi en actual exerci-

cio de su Ministerio, y sin mas intervalo que el de dos dias de enfermedad. Todo el Público sintió esta pérdida, y el sentimiento está aún tan vivo como desde el principio en el corazon de muchas personas que hallaban en él lo que no se halla facilmente en otra parte. No se olvidó de ellas al morir, y se puede hacer igualmente cuenta de que la memoria del P. Burdalue las será siempre preciosa. Sus obras suplirán la falta de su persona: en ellas se volverá à hallar él mismo, à lo menos todos sus afectos y todo su espíritu: porque los que van aquí son sus verdaderos Sermones, y no unas copias imperfectas, como las que algunos años ha salieron à luz. El negó claramente que fuesen suyas, y con razon: pues está en ellas tan desfigurado, que no debia reconocerse en ellas à sí mismo.

Al fin del quarto tomo se hallarán dos cartas que salieron despues de su muerte, la una manuscrita, y la otra impresa. La una es de un ilustre Magistrado, cuya casa, y singularmente la persona veneraba mucho el P. Burdalue. Se ven en ella rasgos de Maestro, y no tiene menos parte en ella el ingenio que el corazon. La segunda es una de aquellas cartas circulares que se envian à las Casas de la Compañia para dar aviso de la muerte de qualquier Jesuita. Esta la escribió el P. Martino, Confesor de Monseñor el Duque de Borgoña, y Preposito de la Casa Profesa quando murió en ella el P. Burdalue; no pudo negarse al Público, y se reimprimió muchas veces; tanto se gustó de ella, y tan buscada fue.

Resta decir una palabra sobre los compendios que están al fin de cada tomo. Pidiéronlos muchas personas, y despues de haber deliberado algun tiempo, pareció que sería bien hacerlos, porque podrian ser utiles à algunos Predicadores, y los que no quisiesen servirse de ellos serian dueños de no leerlos. Si son algo largos, es porque lo son los Sermones, y están muy llenos. En otras ediciones se podrán abreviar ó suprimir.



SERMON

EN LA FIESTA

DE TODOS SANTOS.

Sobre el premio de los Santos.

Gaudete, & exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cælis.

Gozaos y alegraos, porque es grande el premio que os aguarda en el Cielo. S. Matheo en el cap. 5. v. 12.

SEÑOR.



L Hijo de Dios es quien habla, y en el Evangelio de este dia nos propone la gloria celestial, no como un bien que puramente hemos de poseer como heredado, sino como un premio que hemos de merecer á costa de nuestras fatigas. Sabía bien, dice San Juan Chrysostomo, lo interesados que somos: y usando con nosotros de una condescendencia digna de sí mismo, nos solicita con nuestro interés, para que tomemos el partido de servirle. Sin remitir un punto de sus derechos, ni disminuir el mandamiento que nos puso de amarle por sí mis-